

Esfuerzos y contribuciones marxistas para la historiografía mexicana

Jorge Castañeda Zavala*

INTRODUCCIÓN

Siguendo las interpretaciones de corrientes ideológicas decimonónicas, muchos de los testigos de movimientos sociales en el siglo xx realizaron un esfuerzo por desarrollar análisis históricos que respondieran a todo lo relacionado con el devenir social. Una de esas corrientes es el marxismo, cuya reflexión sobre la historia de la sociedad puede diferenciarse, con relativa facilidad, de otras formas de interpretación. Así, para configurar la historia de la sociedad como la historia de la lucha de clases, algunos de los pensadores marxistas han concebido que la sociedad puede entenderse si se vislumbra el origen y desarrollo de las luchas de los actores excluidos de las interpretaciones tradicionales: los trabajadores, los campesinos, el proletariado, el pueblo.

En la práctica, esta posición se justificaba en no pocos casos con el impulso de proyectos políticos y sociales alternativos muy ligados a la vida del mismo intelectual. Partiremos de esta última afirmación para revisar, brevemente, la labor intelectual respecto a la historia de



IZTAPALAPA 51
julio-diciembre de 2001
pp. 239-256

* Investigador del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.

autores como Alfonso Teja Zabre, Rafael Ramos Pedrueza, Wenceslao Roces y Adolfo Sánchez Vázquez.¹ La revisión se centrará en el uso que ellos le dieron a algunos conceptos marxistas. Los cuatro, con marcadas diferencias, desarrollaron con plenitud dicha labor en México durante el siglo xx y tuvieron una influencia destacada o controvertida dentro de dicha corriente intelectual, la cual estuvo signada por la experiencia de los marxistas en el ámbito mundial. Sus diferencias nos permiten comparar su afán por conferir a sus análisis un carácter científico y convertirlos en "herramientas" ideológicas para una utilidad casi inmediata en la acción cotidiana o para que un futuro no muy distante tuviera como sustento un acervo intelectual digno de los creadores de lo que se denomina marxismo.

Los primeros dos autores, Teja Zabre y Ramos Pedrueza, mexicanos de origen, adquirieron su principal formación marxista al término de la Revolución Mexicana, por lo que sus obras se produjeron en la etapa de la reconstrucción nacional y del surgimiento de la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). Tanto su interpretación histórica como la acción cotidiana en la que plasmaron sus análisis parecen no ceñirse al estándar de los marxistas del orbe. Conciben un proyecto social alternativo y el desarrollo de la lucha de clases dentro del régimen creado por el grupo victorioso de aquella revolución. Es decir, existe una paradoja: la lucha de clases a la que se refieren no tendría como fin

subvertir el orden establecido, sino consolidarlo. Por lo tanto, usan y hacen del marxismo un instrumento para reafirmar el Estado surgido de la primera revolución social del siglo xx.

En cambio los otros dos, de origen español —mexicanos por sentimiento— Roces y Sánchez Vázquez vieron al análisis marxista como un medio que contribuiría a la edificación de un cúmulo de conocimientos no tan cercano a la acción inmediata hacia los trabajadores, ni mucho menos hacia un apoyo a la elite en el poder. Fueron inmigrantes refugiados expulsados por la Guerra Civil Española de 1936-1939, por lo que antes de llegar a México ya habían emprendido algunas lides intelectuales en el marxismo. Su quehacer ha sido un esfuerzo por la reafirmación o construcción de alternativas en la vorágine secular de interpretaciones de las revoluciones mexicana, rusa y china, la primera y la segunda guerras mundiales y un sinnúmero de hechos de impacto social, la mayoría de las veces inconmensurables. Ellos reflexionan respecto a la historia a través de un acercamiento complementario a sus labores académicas o institucionales, mas estas últimas son a la vez el sustento que valida el uso de la terminología marxista y su intrínseca vinculación histórica.

LA REVOLUCIÓN DEJA HUELLA

El arraigo popular y la intransigencia de la Revolución Mexicana, fuerza y

sentido de casi toda revolución del siglo xx, impregnaron la interpretación histórica de Alfonso Teja Zabre y Rafael Ramos Pedrueza. Dichas características se identificaron con el discurso marxista de los bolcheviques de la Revolución Rusa de 1917, acontecimiento en el cual la movilización social encontró como punto de apoyo un cambio radical en la forma material de vida y, en particular, en el reconocimiento de las masas trabajadoras como actores y sujetos susceptibles de educar para una transformación integral.

En forma similar a la experiencia rusa y muchas veces gracias a una coincidencia casual, la urgencia de interpretación del presente y del pasado en los años de la reconstrucción nacional mexicana encaraba el dilema de tomar en cuenta la amplia influencia ideológica de las masas trabajadoras, en este caso de campesinos. En esa dinámica, hacia la década de los años veinte el grupo gobernante en México, los sonorenses, comprendió la necesidad de hacer caminar a la par de las políticas públicas de carácter económico la inclusión de un nuevo factor ideológico: el sentimiento revolucionario campesino.² El punto de conciliación de este dilema se centró en entender a la Revolución como un enfrentamiento de clases, pero no de clases diametralmente opuestas en la producción de la riqueza social, sino unidas contra la injusticia representada por las "clases sociales abusivas —ricos aristócratas porfiristas", que habían sido los enemigos a vencer, y de

todos aquellos que llegasen a tomar actitudes parecidas, es decir, de los enemigos sociales, los enemigos del pueblo.

Bajo esos parámetros y con la lectura de las restringidas obras marxistas en circulación al inicio de los años treinta,³ Alfonso Teja Zabre encontró en el factor económico la causa, el argumento imprescindible para construir su visión histórica; al respecto, en una obra menciona: "... nuestra tendencia de interpretación requiere ser económica, realista, vitalista, lógica, racional, pragmática, dialéctica" (Teja Zabre, 1933: 9). Partiendo de dicha interpretación, identificada como marxista, el autor la considera una metodología aceptable para enlazar la reciente experiencia revolucionaria con su realidad.

No se trata de una simple aplicación del método marxista, del materialismo histórico. Su razonamiento sigue varios pasos. Primero menciona que Marx "deriva la historia principalmente de la economía", y después puntualiza que se pueden considerar además otros elementos como la geografía y otorga una importancia singular al factor ideológico (Teja Zabre, 1933: 54-55), el cual es de especial relevancia al identificarse con las masas campesinas impulsoras de la Revolución Mexicana. Llama la atención la afirmación de que cuando se utilizan de forma destacada los factores geográficos e ideológicos ello significa un uso no dogmático del marxismo.⁴ Dicha advertencia hace evidente cómo este autor comprendía la trascendencia de esta ideología para su época, en comparación

con otras corrientes del pensamiento. Pero más que rehusar un dogmatismo hace una interpretación híbrida, que incluye el sentido nacionalista de las masas campesinas mexicanas y de la propia Revolución con una amalgama de términos marxistas, lo cual da sustento a un singular análisis histórico que parece contraponerse al darwinismo social del porfiriismo. No es el proletariado, ni mucho menos la industria, el nuevo sujeto del quehacer histórico social y material, para Teja Zabre, éste sería la lucha de clases liderada por las masas campesinas contra el hambre, la injusticia y los malos gobiernos.

Junto a esta interpretación histórica daba inicio la crisis capitalista mundial conocida como la Gran Depresión, por lo que el fortalecimiento económico y el apoyo popular al gobierno en la URSS hizo que tanto la intelectualidad progresista como algunos otros sectores sociales tales como los sindicatos y las organizaciones campesinas, aceptaran y consideraran como un nuevo paradigma el *corpus* ideológico y los avances materiales de la patria de los soviets y el socialismo. La vida social y la forma de gobierno en la URSS se convirtieron en un importante referente para todo juicio político y de posibilidades materiales para enfrentar las necesidades sociales de una manera no tan rapaz como la demostrada por el sistema capitalista. Todo ese panorama permitió reforzar el criterio de que el marxismo era una guía para la humanización de la sociedad, una salida a las penas ancestrales de la mayoría

de la población. Mas para Teja Zabre, en México, esta humanización no se efectúa por medio de la revolución proletaria y el socialismo; la experiencia mexicana le demostraba la posibilidad de lograrla con las masas campesinas, sus actores principales: en ellas veía que "la fuerza motriz de la historia no es más que el hombre viviente, con sus aspiraciones y finalidades, sus impulsos voluntarios, sus pensamientos y sus pasiones", conjugados en unión de las demás clases y sectores sociales: los obreros, los patronos y los gobernantes para formar la sociedad mexicana revolucionaria (Teja Zabre, 1933: 48-49).

Esta toma de distancia con respecto al marxismo "dogmático" le sirvió de base para conceptualizar una nueva educación cívica y, más específicamente, otra historia patria. Esta última debería ser uno de los vehículos principales para alcanzar los objetivos revolucionarios en México: "...la historia debe renovarse, en su fase didáctica o escolar, porque también cambian las normas esenciales de la pedagogía y los requerimientos de la enseñanza histórica como fuente de civismo" (Teja Zabre, 1933: 54). Gran parte de las obras de Teja Zabre fueron libros de texto para la impartición de la historia en las escuelas de educación elemental. De esa forma lograba unir una nueva visión histórica con la educación cívica y hacía evidente, ante la población, que si la existencia social dependía de la economía, el mismo futuro podría ser moldeado cuando los mexicanos tuvieran una conciencia humana de su

situación histórica. La educación cívica impulsada por este autor marcaba una tendencia hacia la homogeneización del pensamiento, los intereses y los proyectos sociales de las nuevas generaciones, de los hijos de la Revolución. La lucha de clases tendría como resultado la unión de fuerzas, de pensamientos y pasiones que impulsarían el progreso social, e influiría sobre el factor económico.

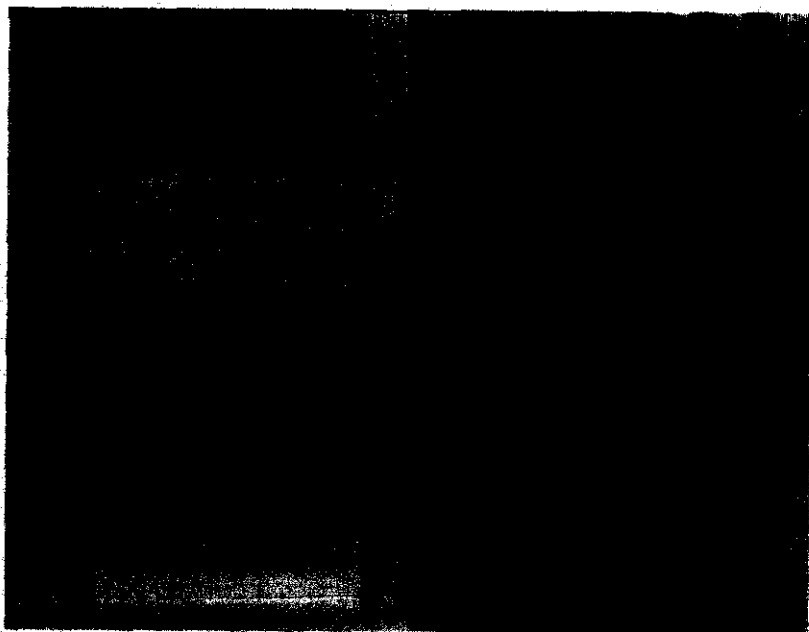
Algunos años después, y en una forma cercana a lo planteado por Teja Zabre, el Partido Comunista de México (PCM), al hacer un análisis del papel de la escuela secundaria, respondía a las mismas inquietudes:

La Escuela Socialista... debe esforzarse por democratizar al máximo la educación, por llevar la educación a las más amplias masas del pueblo, armándolas con las armas de la cultura y la ciencia, orientándolas y capacitándolas para la lucha para la liberación nacional del país, por la consumación de la Reforma Agraria, aprovechando en la mayor medida posible el margen de acción revolucionaria del artículo 27, por la construcción de una economía nacional propia, por la consolidación y perfeccionamiento del régimen democrático y por la elevación de la vida material y cultural (Laborde, 1938: 11).

Estas dos visiones sobre la educación, casi idénticas, se inscribieron dentro de un florecimiento de la participación popular expresado en las demandas campesinas por tierras, en la organización

sindical y las huelgas obreras y de jornaleros agrícolas, en los movimientos culturales y de solidaridad internacional. En 1938 dicha participación alcanzó niveles muy amplios, haciendo patente el carácter nacionalista de la educación y, como ya se mencionó en líneas anteriores, el reconocimiento de las masas trabajadoras en ese proceso fue esencial. Sin embargo, ese texto de los comunistas de los años treinta adiciona dos peculiaridades: a) la dimensión de la cobertura educacional y b) la elevación del nivel de vida como elementos de la democracia. En cambio, Teja Zabre no hace tal apreciación, pues él entiende que la unidad de clases se da bajo la dirección de los gobiernos surgidos de la Revolución que, aunque autoritarios, buscaban, a secas, el progreso social.

Puede afirmarse que el uso del marxismo por Alfonso Teja Zabre, como en el caso del determinismo del "factor económico", se transformó rápidamente. En el transcurso de sus proposiciones poco a poco fue restándole trascendencia a la categoría *lucha de clases*, motor de la historia de la sociedad para el marxismo; sus interpretaciones las combinó con una mayor importancia del "factor biológico", las características geográficas y la potencialidad de la población para el trabajo. Este variado esquema no se basó en un erróneo acercamiento al marxismo; por el contrario, su conocimiento de dicha corriente ideológica no podía dar otro producto que no fuera una síntesis de lo acontecido en la Revo-



lución Mexicana con el pensamiento progresista en boga por el mundo. De tal suerte, en una de sus obras, *Dinámica de la historia*, reafirma, al igual que en sus libros de texto, que para resolver la desigualdad del disfrute de los bienes materiales (Teja Zabre, 1936: 37) era ineludible:

...la necesidad de investigar las causas profundas, hasta ahora poco estudiadas, en los trabajos de integración nacional, en sus gobiernos incipientes, y en sus instituciones desgarradas por la bancarrota que incuba la guerra civil y en la miseria que produce el bandolerismo, la mutilación territorial y los problemas internos condicionados por la geografía y las transformaciones de la industria... (Teja Zabre, 1961: 12).

La cita prosigue enumerando episodios de la historia nacional y además trata de enmarcarlos poniendo acento en la insuficiencia de conocimientos estadísticos, demográficos y geográficos. Todo un desafío para una parte de la intelectualidad mexicana contemporánea a Teja Zabre; por ejemplo, en esa situación se encontraron personajes como Gilberto Loyo⁵ (desde una perspectiva más alejada) y Luis Chávez Orozco⁶ (cercano al marxismo), los cuales contribuyeron en esas décadas a salvar dicha insuficiencia.

Teja Zabre usó el marxismo con una gran maleabilidad intelectual y esto le permitió, en otro tipo de obras, argumentar en favor de la Ley Federal del Trabajo de 1931 (Teja Zabre, 1937), tema que tuvo suficientes ángulos de

contradicción con el marxismo dominante en México en aquellos años. Conforme al Partido Comunista de México, esa Ley podía ser considerada "fascistoides", lo cual puede entenderse por la ausencia de una concepción histórica de los comentarios de Teja Zabre, salvo el realizado alrededor del artículo 85 referente al salario; ahí recurre a una discusión fuera del ámbito estrictamente legal e intenta incursionar en el análisis económico (Teja Zabre, 1937: 53-54).

Tras la obra de Alfonso Teja Zabre se distinguen los rasgos de la tendencia que imperó en los intelectuales mexicanos de izquierda:

- 1) asumieron la defensa del régimen al conceptuar el pasado con una inspiración en el arraigo popular, esencialmente campesino,
- 2) una intransigencia revolucionaria entendida como la convivencia de las clases sociales y opuesta a la historia de las glorias personales de los antiguos caudillos, y
- 3) el intento por una modernización, una actualización en las ciencias, mediante la inclusión del pensamiento más progresista de la época —el marxismo— así como de aspectos geográficos, estadísticos, demográficos... de vanguardia.⁷

No todos esos intelectuales presentaron por entero las características antes enunciadas. En el caso de Rafael Ramos Pedrueza, autor que analizaremos a continuación, sobresalen ciertas

diferencias. Éste podría ser catalogado por Teja Zabre como dogmático. En sus obras, Ramos Pedrueza hace alarde del manejo de términos marxistas, teniendo como "argumento de peso" el haber estado en la URSS durante seis meses en la segunda mitad de la década de los veinte, experiencia que publicó hacia 1929 (Ramos Pedrueza, 1929). En esta obra se encuentra una cantidad de información que por su tipo y extensión debió corresponder a transcripciones de documentación oficial soviética, lo cual quiere decir que el autor no realizó una labor de investigación y mucho menos de análisis, como pudiese parecer en una lectura ligera. Sin restarle valor de divulgación, comparando ese texto con sus obras posteriores, no demuestra esfuerzo, dimensión ni precisión en el manejo de la terminología marxista.

Por ejemplo, sobre la concepción de la historia, en *Sugerencias revolucionarias para la enseñanza de la historia* (1932), Ramos Pedrueza hizo una exposición de lo que pensaba en torno a la importancia de "la teoría económica de Carlos Marx" para la interpretación histórica. En su desarrollo no hace un análisis económico de ninguno de los hechos históricos que apunta, solamente produce un eslogan en torno a la capacidad transformadora de la lucha de clases dentro de cualquier sociedad (Ramos Pedrueza, 1932: 1-12 y 40-47). Ahí, el aspecto dogmático de este autor puede entenderse como el divorcio entre los factores económicos y políticos; para él no es necesario fundamentar y mucho

menos explicar con base en los hechos cómo acontece la retroalimentación de la lucha de clases y de la economía en la sociedad capitalista. Así, el concepto de lucha de clases pierde todo referente con el marxismo, aunque pretende hacerlo pasar como tal.

Por otro lado, valora la vida de los personajes históricos como un producto natural de la lucha de clases, pero, a diferencia de Teja Zabre, no considera relevantes las condiciones económicas que definieron su existencia y, en cambio, adjudica el devenir de cada personaje a la confrontación social por sí misma, suponiendo de antemano la existencia de las causas económicas que originan la confrontación. Ello es claro cuando explica los sucesos y rasgos distintivos que envolvieron las vidas de Benito Juárez y Francisco Javier Mina (Ramos Pedrueza, 1932: 40; y 1937: 35). Si observamos los textos que escribe sobre estas personalidades, vemos que él hace de la confrontación social un sinónimo, sin acotaciones, de la lucha de clases. Sin aclaración alguna sobre el tema, no ofrece un desarrollo histórico de las formas de producción de los bienes y servicios que garantice la vida y reproducción de la sociedad. Los personajes llegan a vivir en sociedades *ad hoc* para cada uno de ellos, y si luchan por causas sociales o económicas es porque de su interior nació hacerlo así: de ahí se concluye que Francisco Javier Mina transcurrió de lucha en lucha gracias a su perspicacia por encontrar el lugar adecuado para desarrollar sus ideales (Ramos Pedrueza, 1937).

Regresemos al momento en que Ramos Pedrueza publicó su experiencia en la URSS. Al principio recibió felicitaciones del PCM, mas un año después este partido cambia radicalmente su apreciación y lo tacha de traidor: la razón radicó en que Ramos Pedrueza tomó una postura acorde con la del gobierno mexicano en torno a la valoración de Emiliano Zapata.⁸ Su posición sobre el excepcional general morelense partía de adjudicarle igual grado de origen e importancia social a la ley de agraria de 1915 y al Plan de Ayala (Ramos Pedrueza 1941: 68), la primera nacida en un remanso carrancista y la segunda creada al fragor explosivo de las masas campesinas por destruir las bases del latifundismo. Bajo ese criterio, llegó a hermanar tales enunciados políticos después de circunscribirlos sin diferencias, en un mismo plano, dentro de la revolución democrática burguesa iniciada en 1910. Para lograr tal postulado, acepta la existencia de las clases sociales, pero con la posibilidad de regular los conflictos. Aquí encontramos cómo el uso del concepto de lucha de clases, por la lucha de clases en sí misma, tiene el derrotero, la posibilidad, de fijar como meta la reconciliación social. En cambio, la perspectiva de los comunistas de esa época consideraba a la ley carrancista un paliativo y hasta una deformación y engaño al objetivo zapatista de derrotar y eliminar a la hacienda, símbolo y razón material del latifundismo.

Las obras de este autor fueron creadas en su contacto estrecho con la ense-

ñanza de la historia, pues era profesor de escuelas para trabajadores. Además, dado su origen familiar —su padre había servido al gobierno de Benito Juárez—, siempre estuvo inmerso en los laberintos del poder, toda vez que tras el triunfo del ejército carrancista participó en labores legislativas y del servicio público durante varios años.⁹ Lo anterior le facilitó establecer buenas relaciones con los diversos gobiernos. En él se creó la concepción de que los intelectuales deberían influir en el gobierno para convertirlo en impulsor del crecimiento económico y del bienestar para las masas. Aunque reconoció la existencia de errores y abusos en el gobierno producto de la Revolución, no dejó de sostener la necesidad y trascendencia de una educación adecuada para que aquella influencia fuera acertada y así subsanar las malas acciones gubernamentales.

En esa educación, la historia debía ser una herramienta, un arma, pues la nación se encontraba inscrita en una continua revolución material e ideológica. Bajo tal premisa escribió sus obras *Sugerencias revolucionarias para la enseñanza de la historia* y *La lucha de clases a través de la historia de México*, donde se pueden identificar sus esfuerzos por reconocer y aprovechar los avances que el país había alcanzado, entendiéndose esto como la disposición “revolucionaria” del gobierno mexicano para satisfacer las demandas populares, causa de más de una década de lucha armada.

En la construcción historiográfica de Ramos Pedrueza destaca la falta de

coherencia a lo largo de los años. En un primer momento le concede gran relevancia a la teoría económica y al materialismo histórico, pero ello se va desvaneciendo en sus trabajos pese a que había mantenido un contacto cercano con los avances teóricos del marxismo, a diferencia de lo vivido por Teja Zabre. No obstante sus viajes y relaciones con la intelectualidad en Europa y Estados Unidos, no desarrolló un criterio más contemporáneo en torno al papel social de la industria y el proletariado, toda vez que estos elementos representaban el sentido progresista de la época, lo más moderno de la vida material e intelectual, la fuerza social transformadora. Ramos Pedrueza no entendió su importancia en la realidad histórica mexicana. Según él, la economía industrial, base del devenir material de la modernidad del siglo xx, sería para México un proceso al que arribaría de manera natural a través de la buena conducción gubernamental. Los años de la reconstrucción nacional y la formación de las nuevas instituciones parecían darle la razón. Por lo tanto, el uso que hizo de la categoría *lucha de clases* no traspasó el marco declarativo para ser instrumento de sociabilidad en la vida política nacional.

Las reflexiones y obras de Teja Zabre y Ramos Pedrueza muestran el interés por hacer de la historia una práctica de divulgación y educación dotada de las inquietudes y proyectos sociales surgidos de la Revolución Mexicana. En esta vorágine intelectual, el discurso oficial del gobierno mexicano encontró una

justificación a través de ese seminal marxismo mexicano y en el proyecto social de estos hombres. También halló tantas afinidades que le permitían recalcar, "comprobar", que históricamente la reconstrucción nacional había sido un proceso ininterrumpido, producto de la "reconciliación" de las masas trabajadoras y otros sectores sociales. El resultado de este proceso sería, desde los años treinta, la no eliminación de alguna de las partes en la lucha de clases, sino la convivencia hacia el progreso:¹⁰ criterio básico de la educación con fundamento histórico, impulsada por estos intelectuales.

¿UN MARXISMO DIFERENTE?

Paralelamente a la consolidación de los gobiernos revolucionarios mexicanos se configuraron las condiciones para el desarrollo del fascismo y de la Segunda Guerra Mundial. En esos momentos la modernidad, vista en las contribuciones y prácticas del marxismo en la URSS y en muchos países, despuntaba con efervescencia como acto de redefinición política e intelectual, ya fuera hacia posiciones que luego por sus etiquetas no serían de tan célebre memoria o hasta en movimientos internacionalistas y de afinidad progresiva con el liderazgo comunista soviético. Por ejemplo, la escuela de los *Annales* de Francia y variadas corrientes del pensamiento europeo ya tenían un amplio recorrido en su lucha contra el positivismo y contra otras co-

rrrientes del pensamiento historiográfico. En 1938 se publicó la historia oficial del Partido Comunista (bolchevique) de la URSS, material que durante décadas se constituyó en una guía general de análisis histórico sustentado en el capítulo llamado *Sobre el materialismo dialéctico y el materialismo histórico* (Stalin, 1977: 146-180). Esta literatura no fue ampliamente conocida en México, pues únicamente circulaban fragmentadas ediciones de materiales españoles y argentinos, además de lo publicado en los órganos de prensa de los comunistas: *El Machete* y *La Voz de México*.¹¹ Sería pocos años después, a partir de la Segunda Guerra Mundial, cuando aumentó la existencia de documentos y libros, así como la traducción directa de ellos al español con ediciones hechas en México. El conocimiento de primera mano del marxismo y, por tanto, su aplicación historiográfica, se amplió entonces sustancialmente.

La llegada y posterior permanencia en México de intelectuales españoles como producto de la guerra en Europa puede considerarse uno de los puntos de partida para modernizar aún más el quehacer intelectual de los estudiosos marxistas y de su aplicación a la historiografía. En consecuencia, Wenceslao Roces y Adolfo Sánchez Vázquez, no obstante su origen de emigrados españoles —o más bien por eso—, ofrecían una interpretación histórica más cercana a la investigación académica y no al compromiso social inmediato con organizaciones revolucionarias de izquierda.

Roces, con la traducción al español —en el Fondo de Cultura Económica— de las obras de Carlos Marx, Federico Engels y toda una serie de autores relacionados con el marxismo, así como de otros textos de economía en boga tanto en Europa como en los Estados Unidos dirigió sus análisis en forma más directa hacia los asuntos económicos. Sánchez Vázquez, por su parte, en el marco de sus labores en la Universidad Nacional Autónoma de México, se ha dedicado en forma muy destacada al estudio del desarrollo de la filosofía.

La divulgación y aplicación de los resultados de los trabajos de estos dos autores ya no sería la educación elemental básica masiva, sino que más bien se circunscribió, en mayor medida, al medio universitario, y en un mediano plazo, e indirectamente, a la formación intelectual de los militantes de organizaciones consideradas de izquierda. Esta situación les fue favorable gracias a una elevación continua en los presupuestos gubernamentales destinados a la creación del Estado de bienestar mexicano (Wilkie, 1978: 192-207); es decir, a la elevación del nivel de vida de la población mediante la ampliación de la seguridad social en las áreas de la vivienda, los servicios públicos, la salud, la educación y la cultura, que creó un marco social parecido al de los países desarrollados. A grandes rasgos, dicho Estado de bienestar implicaba para los gobernantes de los países capitalistas, incluidos los mexicanos, una manera de enfrentar diversas problemáticas: la

guerra fría, la reconsolidación del poder soviético, la creación del bloque socialista incluyendo a China, las luchas de liberación nacional (la descolonización) y la exponencial difusión del marxismo, que fue medianamente aceptada a condición implícita de no alentar movimientos sociales radicales. Toda esta situación propició una reafirmación o revisión de conceptos y corrientes del pensamiento, incluido el *propio marxismo*.

Como se dijo antes, Wenceslao Roces destaca ante todo por la traducción de textos de economía, y en especial de las obras de Marx y Engels, labor que lo capacitó para hacer agudas cavilaciones sobre la historiografía. En un trabajo realizado en 1957 reflexionó "...sobre el vicio del modernismo en la historia antigua", la cual busca la imparcialidad. Él manifestaba, por el contrario, que no es posible ser imparcial en los hechos históricos ya que "la historiografía descansa sobre métodos y criterios, es decir, sobre un armazón científico" (Roces, 1974: 152). Este armazón, en forma y método de estudio de la historia, es la concepción materialista y dialéctica con la que se expresa la "concepción general del mundo y del hombre sobre el desarrollo de la sociedad humana, de los pueblos y de la humanidad a través del tiempo y en el espacio" (Roces, 1974: 157-158).

En otras obras, y mediante breves y escasas notas inscritas en la preparación y selección de materiales anexos a sus traducciones (Roces, 1978 y 1985),

reafirmó su concepción de la producción historiográfica. Esa labor no debería "...descuajar violentamente los hechos de las condiciones históricas objetivas en que se produjeron, para verlos a través del prisma de las ideas, los intereses o las instituciones propias de otro mundo histórico, de otro tipo fundamentalmente distinto de la sociedad" (Roces, 1985: 166-167). Este era un cuestionamiento a la profusa literatura histórica en general y a la de corte marxista aparecida hasta entonces. Como conocedor de esta última, de una manera elegante expresaba su negativa a una vulgarización, a una "...visión deformada del pasado como presente..." (Roces, 1985: 166).

La crítica del autor no estribó en el uso de un lenguaje sin categorías marxistas, sino que en primer lugar el propio historiador tiene que reconocer sus intereses en el análisis, y de ahí su afiliación de pensamiento: "...para el historiador como para el filósofo y para el hombre en general, el lenguaje es inseparable del pensamiento y éste la expresión y el reflejo adecuados de la realidad objetiva" (Roces, 1985: 171). Es claro que limita su interpretación a los marcos marxistas, pero no lo invalida para leerlo, como se dice ahora, de una manera plural, ya que en la segunda mitad del siglo xx la polarización de interpretaciones históricas tuvo en parte aquella divulgación del marxismo y de sus "propias" y variadas subcorrientes. El marxismo en el ámbito internacional ya no era uno solo, nunca lo fue. El uso del materialismo histórico que expresa

Roces pone énfasis en una interpretación de la historia recurriendo como herramientas a las categorías marxistas y teniendo como objetivo a la población en forma generalizada, planteamiento al que le faltaba poco para extinguirse.

Wenceslao Roces tiene una ascendencia singular en la historiografía marxista mexicana —y latinoamericana—, porque en la traducción sistemática y en sus breves escritos de reflexión vuela una cultura que delinea la propia historia social del siglo xx, de la cual fue heredero. Eso es una aportación a la propia construcción historiográfica formada de ideología y oficio. No es lo mismo valerse de una traducción sin sentido que de esfuerzos no sólo eruditos, sino también comprometidos con una ideología con la que se identifica el traductor.

Al acercarse el tercer cuarto del siglo xx, una nueva situación enfrentaba el análisis marxista, ya fuera por el uso explosivo del "marxismo" o por la influencia de los acontecimientos internacionales —como la insuficiencia de la URSS para mantenerse como ejemplo a seguir para gran cantidad de intelectuales antes considerados progresistas y mucho menos para la población de otras naciones, la Revolución Cubana, la guerra de Vietnam, la disputa teórico-práctica entre los partidos comunistas soviético y chino y el eurocomunismo—, así como por las represiones a movimientos sociales y las dictaduras militares latinoamericanas. Su impacto en México no fue menos que trascendente en la investigación y la divulgación aca-

démica, que poco a poco registraron un crecimiento acelerado, en el que ha destacado la labor de Adolfo Sánchez Vázquez.

Aunque su centro de atención ha sido la filosofía, Sánchez Vázquez ha trabajado con las categorías marxistas en una amplia diversidad de temas. Para este trabajo sobresale la discusión de las concepciones que no ven en la historia de las sociedades elementos estructurales con repercusiones en el devenir del tiempo o que, de lo contrario, se plantean innumerables fragmentaciones estructurales que son históricamente singulares. Puntualiza que las formaciones económico-sociales mantienen entre sí relaciones temporales que se pueden observar ante el cambio de estructuras, es decir, de carácter histórico, hechos distinguibles que expresan la singularidad de un fenómeno pero que, a su vez, permiten expresar una generalidad determinada por aquellos lazos con otros hechos. Como en los demás autores, sus reflexiones tienen la importancia de inscribirse en el trabajo del historiador:

La tarea del historiador es descubrir, tras los acontecimientos en que se manifiestan, las relaciones genéticas entre un sistema y otro, dentro de un proceso de desarrollo y cambio. Este análisis genético constituye su objetivo fundamental. La prioridad la tiene, por lo tanto, el estudio de la génesis y evolución de las estructuras a través de sus manifestaciones concretas. Su tarea primordial es hacer la historia y no la teoría del objeto o estructura correspondiente (Sánchez Vázquez, 1985: 30).

Esta afirmación tiene la doble finalidad de centrar el trabajo del historiador y de enfocar su vinculación a lo que él definió como ciencia histórica. Así, se abre una disyuntiva contradictoria. Siguiendo al autor en el análisis histórico partimos de describir la génesis y evolución de las estructuras, con lo que nos estamos situando en la producción o enriquecimiento de la teoría. Es decir, no se puede dejar de contribuir a una posición teórica, toda vez que el adoptar una posición científica es tomar partido por una interpretación dada, se le enriquece y simultáneamente se discute la validez teórica. Por tanto, es difícil permanecer en los márgenes establecidos por Sánchez Vázquez.

En otro trabajo califica al socialismo científico de teoría científica de la historia y agrega que toda formación social se caracteriza por ser un producto de la necesidad histórica (Sánchez Vázquez, 1981: 28-29). Como se ve, parte implícitamente de que la elaboración histórica mediante el uso del marxismo genera o enriquece a este mismo; sin embargo, no reconoce la posibilidad del historiador para profundizar científicamente. Por lo tanto, los planteamientos de Sánchez Vázquez son una redefinición del marxismo. Redefinición que él mismo postula como obligatoria para empatar los cambios y las experiencias del marxismo con la realidad. De ahí que toda posición histórica tienda a ser reinterpretada, en ocasiones con las mismas herramientas marxistas o con aquellas que ya han sido revisadas. ¿Plantea-

miento nuevo? No, cuando más pareciera que los hechos de los últimos años —la desaparición formal del primer país socialista, la casi “extinción” de los seguidores intelectuales marxistas...—, confirmaran el interés de hacer nuevas lecturas de las múltiples corrientes de ese pensamiento. Este autor formula, implícitamente, el cuestionamiento de la desvinculación entre teoría y práctica “marxista” evidente durante el último cuarto de siglo.

Sus postulados manifiestan la necesidad de entender aquella contradicción, irresuelta y en continua profundización, de considerar la validez y hasta la eficacia del materialismo histórico para la postulación y la práctica de un proyecto-sistema social alternativo al capitalismo. Sánchez Vázquez, aunque es continuador de las inquietudes expuestas por Roces, se enfrenta con mayor dramatismo a un trabajo intelectual que parece no tener salidas satisfactorias, realidades capaces de concretar en la práctica postulados teóricos.

En el planteamiento de Sánchez Vázquez, como en el de Roces, falta poner en primer plano a la lucha de clases como el principal foco de atención histórica, o por lo menos ésta es algo meramente tácito. Pareciera ser que los requerimientos de explicación del presente habían cambiado. En un principio, la existencia de la URSS y de la situación mundial en general hacía suponer que el tiempo de confirmar los mecanismos económicos, estructurales y superestructurales del capitalismo estaba rela-

tivamente superado, por lo que Sánchez Vázquez insiste en su interpretación histórica como el desarrollo de los principios marxistas ante los retos del Estado de bienestar, del capitalismo de las décadas de los años sesenta a ochenta, cuando la lucha de clases tampoco tendría para muchos intelectuales las características que los mismos principios marxistas sostenían.

Los estudios históricos marxistas desde los años cincuenta del siglo xx hasta el presente han tenido la virtud de encontrar y enfocar su atención en temas antes escasamente tratados; tal es el caso de la estética, las formas del pensamiento, la sexualidad, la cultura, las formas del Estado, etcétera.¹² Es posible que la cosecha haya sido abundante, mas la calidad dudosa, toda vez que tales estudios provocaron una confusión progresiva para entender el papel que puede jugar el uso de categorías marxistas. No es que en cada análisis, monografía y todo tipo de trabajo historiográfico se pretenda redescubrir “la verdad absoluta”, encontrar cosas nuevas y de trascendencia teórica o leyes científicas. El problema radica en tener claridad conceptual sobre una corriente del pensamiento, y que en confrontación con otras se pueda enriquecer el conocimiento —en general el humano y en particular el historiográfico— respecto al tema aquí tratado. Sánchez Vázquez ha estado inmerso en esa dinámica. Al igual que Roces, no hace del uso del marxismo un instrumento imprevisto; por el contrario, al valorar

filosóficamente los variados postulados marxistas tal vez abre una alternativa para la consolidación conceptual de esa línea de pensamiento.

CONCLUSIONES

La breve revisión de estos cuatro autores permitió una comparación intertemporal de algunos referentes conceptuales del marxismo para la historiografía mexicana. Sin embargo, para obtener un conocimiento de la dimensión que el uso de categorías marxistas ha tenido en el trabajo historiográfico en México se requiere hacer una revisión puntual de mucho más obras y autores. Aquí se analizaron determinados aspectos, los más destacados que los autores seleccionados hicieron sobre sus reflexiones historiográficas.

Para finalizar este trabajo vale cuestionar algunos puntos: ¿la tarea realizada por los historiadores que iniciaron en los años veinte y treinta el uso de categorías marxistas puede ser catalogada como una mala aplicación o, en el peor de los casos, una deformación de una corriente del pensamiento de amplias repercusiones en este siglo?, ¿la capacidad de los acontecimientos internacionales para decidir los parámetros con los que el marxismo se ha desarrollado, deformó la propia dimensión del trabajo intelectual en los marxistas durante casi todo el siglo xx? Y, con base en la última interrogante, ¿ya no fue o ya no es necesario el uso del marxismo para

interpretar o reinterpretar el pasado, o es que el presente no lo demanda?

Las respuestas obtenidas de la exposición realizada nos llevan a afirmar que no es posible pensar que los primeros autores aquí expuestos hicieron una mala aplicación del marxismo en la primera mitad del siglo xx. Su acercamiento al marxismo se justificaba bajo el impulso de proyectos políticos y sociales alternativos muy ligados a la vida del mismo intelectual y éstos se reflejaron en sus concepciones históricas. Alfonso Teja Zabre y Rafael Ramos Pedrueza no tenían la solidez conceptual que se alcanzaría años más tarde. El objetivo para el que fue usado el marxismo, o la retórica empleada, parece haber sido eficaz cuando, a su parecer, poco a poco con los gobiernos de la "familia revolucionaria" se regularon los conflictos sociales y, paulatinamente se elevó el nivel de vida de la mayoría de la población claro que ello, cabe reafirmar, dentro de los límites conceptuales establecidos por ellos mismos en su discurso.

Los otros dos pensadores, Wenceslao Roces y Adolfo Sánchez Vázquez, encarraron otra época, cuyo principal reparo se centró en reconocer que el marxismo, desde su aparición, se ha definido en su construcción y aplicación internacional, creando la propia dimensión de su huella histórica. De lo anterior se derivó la no-limitación temática y conceptual y el desarrollo acertado o errado del marxismo por estos autores. Así, podemos extraer elementos para aseverar que, en el presente, el uso del marxismo

es válido por su aún inagotable vigencia histórica, la cual Roces y Sánchez Vázquez señalaron con claridad. La discusión marxista, reformada o no, es fuente de inspiración en el trabajo intelectual porque sus aportes han posibilitado, en parte, el desarrollo de la historiografía.

NOTAS

¹ Al momento de realizar este trabajo, Adolfo Sánchez Vázquez es el único de los autores todavía en vida.

² Recordemos la creación de la Secretaría de Educación Pública, la reapertura de la Universidad Nacional, las campañas culturales, la formación y el significado social del maestro rural, etcétera.

³ Principalmente por el poco número de ejemplares. A lo sumo, los más conocidos eran el *Manifiesto del Partido Comunista* o partes de *El capital*. Desde fines de los años veinte la literatura relacionada con la Revolución Rusa y la URSS llegaron a ser considerados los medios más confiables, si no los únicos, para conocer e interpretar el marxismo.

⁴ En torno a este polémico tema, muchos otros autores han hecho referencia a la explicación que Carlos Marx, en su famoso *Prólogo de la Contribución a la crítica de la economía política*, hace sobre el materialismo histórico. En Teja Zabre no existe una influencia rigurosa de aquellas corrientes que años después consideraron separar metodológicamente el papel jerárquico de los factores económico y la ideología en la vida social. En esa situación, difícil de cuestionar en los años treinta, el prestigio moral de la URSS crecía, por lo que no se divorciaba mejoramiento de nivel de vida y pensamiento progresista asociado al socialismo.

⁵ Gilberto Loyo (1930) tuvo muchos puntos de coincidencia con Teja Zabre. Sus múltiples facetas como servidor públi-

co corroboran la importancia del estudio concreto de variados temas en el conocimiento de la historia económica de México.

⁶ La labor de Luis Chávez Orozco (Chávez Orozco, 1938) es de llamar la atención, no tan sólo por sus obras de análisis y libros de texto, sino además por la búsqueda, ordenación y publicación de materiales coloniales y del siglo XIX, la cual empezó a desarrollar y a combinar con sus labores en el Departamento de Asuntos Indígenas y su actividad en el Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación. Para una visión amplia del pensamiento de Chávez Orozco véanse los trabajos de James W. Wilkie (Wilkie y Monzón, 1995: 1-118).

⁷ Al respecto, Andrea Sánchez Quintanar (Sánchez Quintanar, 2000) sostiene que dichos intelectuales tenían "...una percepción sensible y subjetiva de los procesos históricos, pese a estar muchas de ellas muy bien fundamentadas en investigación bibliográfica y documental...".

⁸ Véase *El Machete*, 6 de abril de 1929. A Rafael Ramos Pedrueza, al igual que a los excombatientes zapatistas que se allaron con el general Obregón, el Partido Comunista de México los condena por haber despojado "al zapatismo de todo su valor revolucionario y se le convierte en un culto fetichista", *El Machete*, abril de 1930. La interpretación de Ramos Pedrueza sobre Emiliano Zapata, Álvaro Obregón y Francisco Villa se puede ver en Ramos Pedrueza 1941: 103, 122 y 151.

⁹ Memorándum de antecedentes culturales, políticos y sociales, Archivo Histórico Genaro Estrada-Secretaría de Relaciones Exteriores (AHGE), expediente 5-19-70, fojas 25-26.

¹⁰ Al tener estos grupos sociales intereses diferentes y muchos de ellos opuestos, resulta ésta una de las paradojas que el grupo gobernante mexicano —propietario de los principales elementos impulsores de la economía nacional—

Esfuerzos y contribuciones marxistas para la historiografía mexicana

- ha manejado con maestría desde el periodo presidencial de Lázaro Cárdenas.
- ¹¹ En 1946 se publica en México un texto soviético de historia universal (Bocharov y Yonisiani, 1946). Es justo señalar la amplia labor del propietario de *Librería Navarro* (de la calle de Seminario, muy cerca del palacio presidencial de la ciudad de México), personaje destacado en la edición o importación de libros y folletería. Dicha librería, con el paso de los años, tuvo en sus acervos materiales originales de destacados actores y organizaciones marxistas mexicanos e internacionales.
- ¹² Entre los autores que se han acercado a estos diferentes temas están Herbert Marcuse, Erich Fromm, Roger Bartra, Ernest Mandel y Nicos Poulantzas. Para una síntesis muy acertada de los movimientos intelectuales dentro de las corrientes marxistas de esa época, véanse los trabajos de Gabriel Vargas Lozano (1990 y 1994).
- BIBLIOGRAFÍA**
- Bocharov, Y. M. y A. Z. Yonisiani
1946 *Nueva Historia Universal 1700-1928*, Editorial México, México.
- Chávez Orozco, Luis
1938 *Historia económica y social de México. Ensayo de interpretación*, Botas, México.
- Laborde, Hernán
1938 "Discurso inaugural: Primera Conferencia Pedagógica Comunista", en Partido Comunista de México, *Hacia una educación al servicio del pueblo*, Imprenta Mundial, México.
- Loyo, Gilberto
1930 *Sobre la enseñanza de la historia*, Talleres Gráficos de la Secretaría de Agricultura y Fomento, México.
- Ramos Pedrueza, Rafael
1929 *La estrella roja. Doce años de vida soviética*, s/e, México.
- 1932 *Sugerencias revolucionarias para la enseñanza de la historia*, UNAM, México.
- 1937 *Francisco Javier Mina. Combatiente clasista en Europa y América*, Talleres Gráficos de la Nación, México.
- 1941 *La lucha de clases a través de la historia de México. Revolución democrática burguesa*, Talleres Gráficos de la Nación, México.
- Roces, Wenceslao
1974 "Algunas consideraciones sobre el vicio del modernismo en la historia antigua", en Álvaro Matute, *La teoría de la historia en México (1940-1973)*, SEP (SepSetentas núm. 126), México, pp. 150-161.
- 1978 "Nota del traductor", en Carlos Marx, *El capital. Crítica de la economía política*, FCE, México.
- 1985 "El krausismo en España", en Juliana González y Carlos Pereyra, *Praxis y filosofía. Ensayos en homenaje*, Grijalbo, México, p. 1.
- Sánchez Quintanar, Andrea
2000 *La historiografía mexicana de izquierda*, inédito.
- Sánchez Vázquez, Adolfo
1981 *Del socialismo científico al socialismo utópico*, Era, México.
- 1985 "Estructuralismo e historia", en Adolfo Sánchez Vázquez, *Ensayos marxistas sobre historia y política*, Océano, México.
- Stalin, José V.
1977 *Historia del Partido Comunista (b) de la URSS*, Obras completas tomo XVII, Actividad EDA, México [1938].
- Teja Zabre, Alfonso
1933 *Historia de México. Introducción y sinopsis. La biografía de México*, UNAM, México.
- 1936 *La dinámica de la historia*, Botas, México.
- 1937 *Ley Federal del Trabajo*, Botas, México.
- 1961 *Historia de México: una moderna interpretación*, Botas, México.

Jorge Castañeda Zavala

Vargas Lozano, Gabriel

- 1990 "Los sentidos de la filosofía de la praxis", en *¿Qué hacer con la filosofía en América Latina?*, UAM, México.
- 1994 *Más allá del derrumbe. Socialismo y democracia en la crisis de civilización contemporánea*, Siglo XXI, México.

Wilkie, James W.

- 1978 *La Revolución Mexicana. Gasto federal y cambio social*, FCE, México.

Wilkie, James W. y Edna Monzón Wilkie

- 1995 *Frente a la Revolución Mexicana. 17 protagonistas de la etapa constructiva. Entrevistas de historia oral*, UAM, México.